

y á la sombra de éste, formaron en todas las ciudades pequeñas sociedades populares para enardecer los ánimos; hicieron acopio de dinero y de armas, y hasta llegaron á equipar algunas embarcaciones. Los patriotas emigrados, á cuya cabeza figuraba el incansable Darndels, propagaban desde la frontera folletos revolucionarios entre los campesinos, exasperados ya contra los aliados por la brutalidad de los soldados ingleses. En esta situación, con la invasión en la frontera y la revolución dentro, el príncipe de Orange dirigió á las potencias aliadas apremiantes solicitudes de socorro. No estaban las potencias para correr nuevas aventuras. Inglaterra se contentó con proponer la unión de Bélgica á Holanda, como medio de inclinar al gobierno francés á la paz, y Prusia, con aplaudir la proposición y manifestarse dispuesta á secundar toda acción pacificadora. Poco más podía esperarse del Austria, cuyo primer ministro, Thugut, acababa de declarar que Bélgica no era más que una carga para su rey. A maravilla hubo de tenerse el que, por el compromiso contraído con Rusia, enviase al Rhin veinte mil hombres, que se limitaron á cambiar de vez en cuando de la una á la otra margen algunos cañonazos con los franceses, sin ayudar en nada á la defensa del país. En estas circunstancias, el príncipe de Orange concibió la idea de dirigirse en demanda de paz al enemigo victorioso; y se afirmó en este propósito cuando vió al general Moreau atacar la isla de Bomme, ó sea el terreno comprendido entre el Mosa y el Wahal, desde el punto en que los dos ríos se juntan, para separarse de nuevo al poco trecho, bastante más abajo de Nimega, hasta el punto en que confunden definitivamente sus aguas, debajo de Gorcum. Esta tentativa ocurrió en ocasión de hallarse Pichegru ausente en Bruselas, para curarse una enfermedad de la piel. Moreau y Reynier, que le reemplazaron, estaban por el descanso; pero el intrépido Daendels les apremió á llevar á cabo una invasión en la isla Bomme, á reserva de retroceder si el primer ataque no daba resultado, como, en efecto, no lo dió. Retrocedieron, pues, y levantaron cuarteles de invierno. Los emisarios del príncipe de Orange, que lo fueron Repelaer y Brantsen, toparon en el camino con el comisario de la Convención, Bellegarde, el cual les animó, asegurándoles que si Holanda estaba dispuesta á tratar lealmente de la paz y someter á revisión sus tratados exteriores, el gobierno francés renunciaría á continuar las hostilidades. No pudo prever Bellegarde que, cuando los enviados llegasen á París, ya el ejército del Norte habría invadido el territorio de las Provincias-Unidas.

La conquista de Holanda es de suyo empresa difficilísima. Ningún país opone tantos estorbos ni amenaza con tan grandes peligros al invasor. Muchos y muy anchurosos ríos la riegan. Su bajo suelo, más bajo que el nivel del mar, ha tenido que ser surcado para el desagüe por tupida red de acequias y canales. Pequeñas praderas son las fincas, y sus lindes, zanjás, llenas siempre de agua, que, mediante molinos de viento, se sube y vierte en acequias, y de éstas en canales, y de éstos en el canal Mayor, que la lleva al mar. Anima la monotonía del paisaje el continuo rodar de aquellas largas filas de aspas, que se-

mejor compañías de gigantes bienhechores, trabajando día y noche para que no le falte al país la condición fundamental de vida. Paciencia y vigor extraordinarios son menester para que un ejército pueda superar tantos y tan grandes obstáculos, y en el supuesto de que llegue á superarlos, queda todavía un recurso supremo; inundar el país, como se hizo cuando lo invadió Luis XVI, rompiendo el dique que, á modo de gruesa cordillera, lo circunda y defiende del mar. Ciertamente que el empleo de este recurso representa para los naturales un heroico sacrificio, pero asegura la ruina instantánea del ejército invasor. Todavía recuerdo la momentánea pero intensa impresión de espanto que suscitó en mi alma la vista de aquel dique, de cuya resistencia y conservación depende la vida de todo un pueblo, pareciéndome el dique deleznable é inmenso el poder del mar embravecido. ¿Cómo, me preguntaba, pueden los holandeses dormir tranquilos viviendo más bajos que las aguas del mar y oyendo, en las tempestuosas noches de invierno, los rugidos del monstruo librando fenomenal batalla con el dique para devorarlos? No pensando, reflexioné, en la posibilidad de romperse el dique como no pensamos nosotros, al envolvernos las tinieblas tras el crepúsculo vespertino, en la posibilidad de que no reaparezca el sol al día siguiente. La experiencia tiene la propiedad de ilusionarnos respecto del carácter de los hechos, al extremo de hacernos considerar como necesarios los meramente contingentes. Se desprende de lo dicho que, por los grandes ríos que la riegan, por la tupida red de acequias y canales que la surcan y por la facilidad de inundarla abriendo entrada al mar, Holanda es, de todos los países de Europa, el que más obstáculos opone y con mayores peligros amenaza al invasor, y todavía, á estos peligros y obstáculos permanentes, propios de todos los tiempos, se agregaban ahora los peculiares de la época y de las circunstancias en que Pichegru la invadió, á saber, en el corazón del invierno más crudo del siglo y con un ejército mal alimentado, medio desnudo y fatigado por campaña tan larga, bien que victoriosa; por lo que, la conquista de Holanda por Pichegru fué un hecho de armas gloriosísimo, comparable con los más arriesgados que llevaron á cabo los grandes capitanes de que guarda recuerdo la Historia, por ejemplo, con la marcha de Alejandro Magno, de regreso á Susa, al través de los arenales de la Gedrosia, ó con el paso de Aníbal por los Alpes, á mediados de Octubre, trepando por entre hielos, salvando torrentes y abismos, siempre en lucha con los rudos montañeses; con una diferencia digna de notarse, sin embargo, que el mérito de la conquista de Holanda pertenece casi por entero al ejército y á los comisarios de la Convención, poco ó nada al general. Facilitó la empresa, es cierto, mas no mengua su importancia el apoyo que á los franceses prestaran los patriotas, quienes firmaron y presentaron á los Estados generales una protesta contra el proyecto de los jefes aliados de romper los diques, para cerrar con la inundación el paso al ejército de la República, y aunque el estatuto arrestó á los peticionarios, el pueblo le obligó á soltarlos y el proyecto no se llevó á efecto.

En los cuarteles pensaban los soldados pasar toda la estación de invierno y con este mismo propósito regresó Pichegru de Bruselas; pero el Comité de Salvación pública lo entendió de otra manera, ordenando que se penetrase sin perder tiempo en el corazón de Holanda. Pichegru se resistió; el germen de la traición había prendido ya en su alma; pero los representantes en comisión no le dejaban en paz. La helada que sobrevino abrió el camino y quitó al general todo pretexto para aplazar el cumplimiento de la orden del Comité desde el diez y ocho de Diciembre, el Mosa y el Wahal comenzaron á bajar témpanos de hielo, que no tardaron en soldarse los unos á los otros formando los dos ríos una vasta superficie sólida. El veintisiete, el termómetro descendió á diez y siete grados bajo cero; el Mosa y el Wahal aparecieron completamente helados, al paso que el Leck, por la mayor corriente de sus aguas, sólo contenía témpanos, que interceptaban la navegación. Los generales aliados se alarmaron dirigiendo á todas partes miradas de ansiedad. El veinticuatro, Harcourt encargó á sus subordinados estudiar qué se debería hacer en el caso de que los franceses tratasen de utilizar el camino que les acababa de abrir; pero el veintisiete, antes de que aquel estudio hubiese dado resultado, el ejército de la República se puso en movimiento, expulsó á las tropas holandesas de la isla Bommel y las persiguió por la superficie helada del Wahal, con tal empuje que el cuerpo principal de los holandeses, acantonado en Thiel, ribera septentrional del río, huyó á la desbandada, hasta Utrecht, pasando á ocupar aquella plaza dos mil franceses. Mas no pudieron sostenerla, por no decidirse Pichegru á aventurar el grueso del ejército por el Wahal, cuyo hielo, si de bastante espesor para sostener á los infantes, cedería al peso de la artillería, y así, el veintinueve, ingleses y hesseses batieron á los republicanos echándolos de la margen derecha del río, pero dejando la isla en su poder. Esta situación duró pocos días, hasta cuatro de Enero del noventa y cinco, en que los republicanos volvieron á la carga con nuevos bríos y mayores fuerzas, y bien que varios destacamentos de hesseses y hannoverianos sostuvieran heroicamente combates parciales, el general Harcourt no tardó en declarar que sus tropas estaban fuera de combate, y en su consecuencia, Walloden ordenó el diez retirarse detrás del Leck. El deshielo, que se presentó de repente en estos días, despertó en los aliados la esperanza de poder conservar este último baluarte de Holanda; pero la nueva esperanza duró lo que el humo. Desde el catorce, el frío volvió á apretar con más intensidad que antes, quedando á los pocos días completamente helado el Leck. La postrera barrera de Holanda se había venido al suelo. El ejército aliado sólo contaba ya unos veintitrés mil hombres, y ¡qué hombres!, reducidos por privaciones de toda especie, por la fatiga y la indisciplina al estado más lastimoso. Siéndole de todo punto imposible resistir por más tiempo á un enemigo que le era más de dos veces superior, Wallmoden abandonó definitivamente la Holanda, retirándose el quince de Enero detrás del Yssel. Sus soldados, extenuados y andrajosos, se arrastraban penosamente, bajo un frío de veinte grados, por

un país poco habitado y cultivado miserablemente. Parte de la artillería y de los bagajes tuvo que ser abandonada, por resbalar y caerse á cada paso los caballos de tiro sobre el hielo que cubría los caminos; los soldados heridos y enfermos morían de frío en los coches de ambulancia, y los campesinos, exasperados por los excesos y crímenes que cometían los ingleses, inmolaban sin piedad á los que por cansancio ó por hambre se rezagaban. Auu contando con que el enemigo se hubiese abstenido de perseguirlos, los aliados reconocieron que, por las disposiciones hostiles del país, la desorganización del ejército y las dificultades en que tropezaban para proporcionarse víveres, no era prudente detenerse, ni siquiera en el Yssel, y así continuaron su triste retirada hasta Alemania, al otro lado del Ems.

El ocho de Enero, empezaba la campaña y cuando ya se abrigan fundadas esperanzas de llevar á feliz término la conquista, fueron recibidos por el Comité de Salvación pública los enviados del príncipe de Orange, cuyas gestiones para la paz fueron contrarrestadas por las practicadas al mismo tiempo por los patriotas para que continuase la guerra. Repelaer ofreció ochenta millones de florines por la suspensión de las hostilidades; los patriotas pujaron declarándose prontos á suscribir un empréstito fraternal de cien millones de florines, si el ejército francés entraba en Amsterdam y derribaba la casa de Orange. Puesto en esta alternativa, el Comité optó por dejar á los sucesos seguir su curso, seguro de que la conquista de Holanda le valdría bastante más de lo que unos y otros le ofrecían.

Con la retirada de las tropas aliadas, pudo darse por realizada la conquista. Pichegru envió la mitad de su ejército al Yssel, y con la otra mitad se adelantó en lo interior del país, entrando el diez y siete en Utrecht. Al día siguiente, se embarcó para Inglaterra el príncipe de Orange, no sin dificultades, á causa de pedir su proceso los habitantes de La Haya, irritados por la indigna conducta que tanto él como su mujer habían seguido. ¡Triste cosa es que nunca hayan de escarmentar los príncipes! Huir el Estatuder y disolverse el gobierno, empuñando en todas partes las riendas de la administración los comités patrióticos y los clubs, todo fué uno. El veinte, el Comité revolucionario de Amsterdam anunció al pueblo la llegada de los franceses, los cuales «se conducen con los holandeses, decía, como hermanos.» Y en efecto, no tardaron en oírse los cantos de *la Marsellesa* entonada por la vanguardia, que entró á las órdenes de Daendels. Lenguas se hicieron los holandeses de ver á aquellos héroes, medio desnudos, sin medias, sin zapatos, los pies envueltos en trenzas de paja, tendidos en la nieve, con las armas en pabellones, en las plazas de la más rica ciudad del continente, y esperar resignados, horas y más horas, que el ayuntamiento proveyese á sus necesidades y á su alojamiento. Al día siguiente llegó Pichegru, acompañado de cinco representantes del pueblo, los cuales proclamaron que la República francesa respetaría la independencia y la soberanía del pueblo holandés. El mismo día, los húsares y la caballería ligera, lanzándose al través de la Holanda del Norte

hasta el confín, metiéronse en el mar helado, entre el Helder y la isla Texel, y se apoderaron de la flota holandesa, que se entregó á la primera intimación. Figura éste entre los acontecimientos más singulares de la historia militar. El veintitrés, Bonnaud entró en La Haya, pasando por Dordrecht y Rotterdam, y en Febrero, los generales Moreau y Souham, aclamados y festejados en todas partes, ocuparon, sin verter gota de sangre, las provincias de Frisia, entre el Yssel y el Ems. El Comité de Salvación pública había prometido á los holandeses que, en consideración á sus buenos afectos y á los servicios que esperaba de ellos en adelante, les traería como aliados, y en efecto, al revés de lo que se había hecho con Bélgica, no se castigó á Holanda ni siquiera con requisiciones, dirigiéndose los representantes de la Convención á los Estados generales, para que la autoridad nacional proveyese á las necesidades del ejército invasor. Estos Estados fueron reemplazados el tres de Febrero por una Asamblea provisional de representantes del pueblo, que derogó todo lo que había hecho la invasión prusiana de mil setecientos ochenta y siete, abolió el estatuto, llamó á los patriotas desterrados y adoptó la *declaración de los derechos del hombre*. La Revolución comenzaba á extenderse.

Por modo tan rápido y como milagroso se efectuó la conquista de Holanda, que, por una parte, llenó de alegría y orgullo á los franceses, árbitros de las fuerzas y riquezas del Estado más próspero de Europa, y por otra, avivó y generalizó en los aliados los deseos de paz. ¿Quién en adelante iba á ponerse á la marcha victoriosa de las legiones republicanas? ¿Quién salvaría á la Alemania del Norte cuando en la próxima primavera la invadiesen los setenta mil soldados de Pichegru, descansados, bien nutridos y llenos de confianza en sus fuerzas, si los estados encargados en primer término de defenderla, Prusia, Hanóver y Hesse, habían perdido con sus recursos todo resto de ardor bélico? No menos necesitada de paz se hallaba la potencia vencedora, exhausta de recursos, con la bancarrota en puerta y sin poder atender, ni en todo ni en parte, al sostén de sus ejércitos, que vivían á expensas de los países ocupados. Las negociaciones se entablaron entre Francia y Prusia, por torpeza de Austria. Cuando en la Dieta de Ratisbona, Octubre del noventa y cuatro, Maguncia, Sajonia y el Palatinado se declararon por la paz, Austria se hizo el sueco, dando motivo á que, en la dieta de Diciembre, treinta y siete votos solicitasen la paz y treinta y seis pidiesen que ésta se concluyese por mediación de Prusia, lo que fué una mortificación para su dignidad y un fracaso para su influencia. El gabinete de Berlín, que ya el primero de Diciembre había enviado á Basilea al conde de Goltz, el diez y nueve del propio mes ordenó al secretario de legación Harnier trasladarse á París, á petición del Comité de Salvación pública, con quien celebró aquél la primera conferencia el siete de Enero. Todos los individuos del Comité manifestaron que, siendo idénticos los intereses de Prusia y los de Francia, procedía que las dos naciones se uniesen en sólida alianza. «Porque, argüían, irritada por sus recientes derrotas, Austria no

tardará en volver á sus antiguos proyectos contra la independencia de los Estados del Imperio, y en cuanto á Rusia, puesto que aspira á la soberanía universal, conviene oponerle formidable dique trayendo á los suecos, daneses, turcos y polacos á la alianza franco-prusiana. Entonces le será fácil á Francia apoderarse del Hanóver y dárselo á Prusia, en compensación de las provincias que ésta pierda en la margen izquierda del Rhin. Respecto de los restantes Estados del Imperio, débiles siempre y siempre indecisos, se verán obligados á tomar una resolución, si no quieren volver á caer bajo el yugo de Austria. En este estado las cosas, Francia no quiere treguas, pero está dispuesta á concluir una paz definitiva; ni puede menos de insistir en la posesión de Maguncia y en considerar el Rhin como su frontera natural, no sin comprometerse, por supuesto, á indemnizar á los príncipes desposeídos, bien á expensas de Austria, bien por cualquier otro medio». Inútiles fueron los esfuerzos de Harnier para persuadir á sus adversarios de la necesidad de suavizar proposiciones tan duras; en vano les demostró que la pérdida de las provincias rhenanas causaría profundo trastorno en el Imperio, crearía dificultades inextricables y arrastraría á la misma Francia á nuevas guerras. «Se creerá, añadió, que vuestro propósito no es otro que el de prolongar indefinidamente la guerra; lo realizaréis, seguramente, si no cambiáis de conducta; vuestra codicia acabará por poner en armas á toda Alemania». —«Es Ud. injusto con nosotros; deseamos sinceramente la paz», respondieron los individuos del Comité.—«Por lo demás, añadió uno de ellos, sabemos que toda Alemania participa de nuestro deseo; nunca lograréis encender una guerra general contra nosotros». Acabada la discusión acerca de las provincias rhenanas, se volvió á la proposición de alianza, cuya imposibilidad trató Harnier de evidenciar, no sin formular fervientes protestas de amistad. «Nuestro primordial interés, dijo, es facilitar, por nuestra mediación, la conclusión de una paz general entre el Imperio alemán y la República francesa, lo que no podríamos realizar si nos uniésemos con vosotros contra el emperador». El Comité se limitó á lamentarse de esta actitud. «La República, dijo, no puede aceptar mediación oficial entre ella y los Estados alemanes; reconoce los buenos servicios que Prusia puede prestarle, pero no se negará á negociar directamente con ninguno de los Estados del Imperio, siendo lo más triste del caso que esta negativa de la alianza no puede menos de modificar las condiciones de paz que acabamos de ofrecer, porque la República no puede otorgar á Prusia, Estado neutro, la indemnización que á Prusia, Estado aliado». Replicó Harnier que se mataba la paz en su germen. «Dudo mucho, añadió, que mi soberano consienta en renunciar á la margen izquierda del Rhin, mas tengo por seguro que la guerra será inevitable, si, caso de obligársele á renunciar, no se le concede una amplia compensación». Acabó la conferencia sin que el Comité cediese un ápice de lo que había exigido al principio. Harnier regresó á Basilea, donde el doce de Enero comenzó la negociación oficial entre Goltz y Barthelemi, el cual, mostrando excelentes disposi-